

## LA ESENCIA DEL SACRIFICIO

*por Francisco-Manuel Nácher*

La esencia del sacrificio la constituye el deseo de compartir con otros la propia felicidad o de proporcionársela. Por eso el aspecto desagradable que se le atribuye, en realidad, no forma parte de él. Es sólo su interpretación, desde el punto de vista del que, por supuesto, no siente esa felicidad que inclina a ser compartida ni experimenta la necesidad de hacer feliz a nadie.

Condición sine qua non, pues, del sacrificio es el amor. ¿Por quién se suele sacrificar la gente? Por sus seres queridos. ¿Y qué pretende uno cuando se sacrifica por sus seres queridos? Proporcionarles una felicidad, mitigarles un dolor, facilitarles una posibilidad que ellos no pueden alcanzar y el que por ellos se sacrifica sí puede. En el fondo, una donación gratuita de felicidad, hecha por amor.

Si ese amor a los parientes y amigos se transforma en amor a la Humanidad, llegamos a la postura de los santos que, habiendo alcanzado cotas de felicidad interna no sospechadas por el hombre común, y estando llenos de amor por sus hermanos, se ven impelidos a compartir, a regalar, a proporcionar esa felicidad a todos los hombres.

La Creación misma es, en el fondo, un acto de sacrificio en este sentido entendida. La Divinidad se limitó, se constrictó para hacer partícipes de Su felicidad a todas Sus criaturas. Por eso el sacrificio es una ley natural y rige en toda la naturaleza. ¿Qué ser no se sacrifica a lo largo de su existencia para proporcionar a otros algo que no poseen y él sí?

Sólo cuando falta el amor se malinterpreta el sacrificio. Porque el egoísta, por el hecho de serlo, no es feliz y no puede, por tanto, compartir felicidad pero, además, cuando tiene algo, lo quiere para sí y, por tanto, el compartirlo, el ayudar a otro a alcanzarlo, le resulta desagradable pero - y aquí está la clave - no porque el sacrificio en sí sea desagradable, sino porque el egoísta lo ve así, como ve el astígmata deformadas las imágenes, por muy perfectas que éstas sean.

Esa interpretación correcta del sacrificio es la que está detrás de todas las vidas dedicadas a la oración, al servicio, a la enseñanza o a la curación. Algo que el egoísta no puede comprender y que, como todo ignorante hace

con el objeto de su ignorancia, lo desprecia o lo tergiversa o lo calumnia, aunque con eso sólo publica su miopía interior. Porque, en lo más profundo de nuestro ser, todos los hombres deseamos la felicidad del mundo.

Por eso, la ilusión del maestro novel o del médico recién graduado o del abogado que empieza el ejercicio profesional o del que monta una empresa o del sacerdote o del político incipientes... de todos sin excepción, es aportar algo al mundo para su mejor funcionamiento, su mayor cultura, su mejor salud, más justicia o más nivel económico; todos están dispuestos, sin ser conscientes de ello, a trabajar, es decir, a sacrificarse por los demás, pues todos saben que lo que puedan recibir a cambio no pagará sus esfuerzos ni su ilusión ni su dedicación. Y, sin embargo, algo inexplicable e insoslayable, que surge de su interior, les impulsa a hacerlo.

\* \* \*